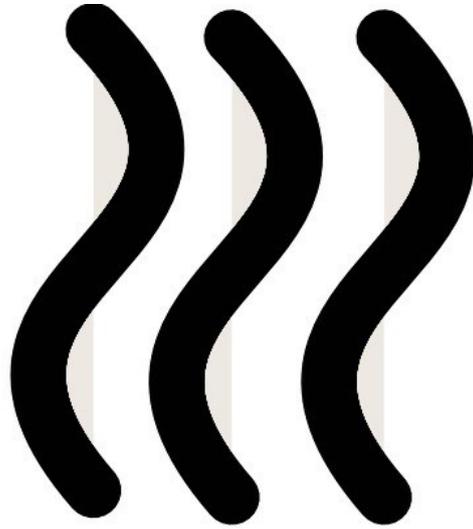


4- SIETE PECADOS CAPITALES

Toni González Rodríguez



La Cafetería
De Philippe



Capítulo 1



Era viernes santo y me había tocado cumplir penitencia, la mitad de la redacción de vacaciones y el redactor de sucesos, pues eso, esperando algún suceso. Empecé como cada mañana mi procesión hacia la cafetería.

La ciudad estaba desierta, el va y ven de gente y coches que a esas horas marcan el despertar de una gran ciudad, brillaban por su ausencia. Podía escuchar el resonar de mí andar tan solo acompañado por el de mi respiración. Todo era calma, quien me mandaría a mí decir que no tenía planes para estas vacaciones.

–Bonjour, Toni ¿cómo fue la procesión del Jueves Santo? –Era Philippe, desde el fondo de la barra, rodeado de unos cuantos platos y escribiendo

en una pizarra.

–Mira, que he preparado hoy. –Y señaló los platos que tenía sobre la barra.

–Pero, ¿qué tienes aquí? ¿A quién quieres matar de un ataque de colesterol? –Philippe había rendido honor a la tradición culinaria de Semana Santa y solo se veían montañas de hidratos de carbono y grasas saturadas por todas partes.

–Aquí tengo unos torreznos, esto son torrijas de vino, aquello son buñuelos de bacalao y en el otro, pestiños y rosquillas de anís. Ah, y aquí estoy escribiendo el menú para hoy, de primero potaje, de segundo bacalao y de postre un arroz con leche. –Y concluyó su descripción gastronómica.

–Madre mía, si no hay cuerpo capaz de engullir ese menú. –Casi había cogido una indigestión de ver, e imaginarme tal cantidad de comida, pero andaba bien equivocado, Philippe me mostró el libro de reservas y tenía el comedor lleno para el almuerzo.

–Bueno hoy creo que no me moveré de la cafetería, la noticia va a estar aquí, después del atracón de comer que se van a dar tus comensales, más de uno va a necesitar asistencia sanitaria y no me lo pienso perder. –Yo preocupado por buscar noticias y resulta que la iba a tener sin moverme de allí mismo.

–Sí, sí, lo que tú digas, pero va a ser un éxito, de verdad qué no quieres unas torrijas con el café. –Y me puso el plato delante de las narices, por un momento tuve la tentación de pecar, aunque religiosamente era una bendición.

–Y a qué viene esta pasión desmedida por la Semana Santa, si lo más religioso que te he visto hacer, es la declaración de renta. Tú, que te estás cagando en dios todo el día y que, al Papa le llamas, "EL PADRINO", por qué dices que la iglesia es una mafia. Y ahora, ¿te has vuelto devoto? – Philippe seguía a lo suyo con la elaboración de los platos y volvió a arremeter esta vez con las rosquillas de anís, su dulce olor estuvieron a punto de poseerme, diabólico hechicero de barra. Tuve que controlarme.

–No soy devoto de nada, no como tú, aún no me has contestado cómo fue la procesión de anoche. –Y con lo de la procesión, no se quería referir al paso religioso, si no a mi deambular de pub en pub toda la noche.

–Y tú, ¿cómo te has enterado que salí anoche? –Era imposible que hiciera algo y no se enterara, yo creo que me tenía puesto un micro o un

localizador, aunque tampoco le hacían falta, conocía a toda la ciudad.

–Esta mañana ha venido Alberto el panadero a traerme las pastas y el pan. Me ha dicho que lo habéis visitado, para comprar unos cruasanes recién hechos. Y más que de procesión, veníais de romería, cantando y con las corbatas en la cabeza. –Philippe se plantó delante de mí y se cruzó de brazos, esperando que yo confesara cual arrepentido pecador.

–Mira que le dije a Alberto que ni una palabra de que habíamos estado allí, menuda Judas que está hecho, me ha vendido y por menos de treinta monedas, uno con cincuenta que me costó el cruasán y lo peor de todo es que tú, eres peor que Poncio Pilatos, acabarás con la poca credibilidad profesional que tengo. –Ya me estaba imaginando que sería más rentable confesar y dar mi versión, a que fuera Philippe, el que la contara.

–Pobre de mí, pero si aún no he abierto la boca, no sé qué paso anoche, por eso te he preguntado. –Hasta me pareció convincente su presunción de inocencia, pero él, más que tirar la primera piedra, ya me había tirado la montaña entera.

–Venga que nos conocemos, no vengas ahora lavándote las manos, cuando ya me has crucificado de antemano.

–A ver Toni, dices que yo me estoy volviendo devoto y a que viene este menú de Semana Santa, pero no te estás escuchando, desde que has entrado aquí no paras de hacer símiles religiosos, solo te falta un alzacuellos y darme la bendición urbi et orbi de Pascua y a este paso me vas a dar la extremaunción también. Entiendo que no has dormido, que seguramente has pasado por casa a darte una ducha y cambiarte, pero confiesa que lo de anoche fue glorioso.-

–No sé a qué te refieres con glorioso, simplemente nos juntamos unos amigos, que no se iban de vacaciones y decidimos celebrarlo. Fuimos de cena y después hacer unas copas y para casa. –En mi cabeza las palabras sonaron genial, nada disonante ni fuera de lo normal, pero ahí estaba el error, nada era normal cuando salíamos, los siete pecados capitales, eran un mal momento comparado con la pérdida de dignidad y vergüenza que alcanzábamos, nos convertíamos en devotos paganos, procesando nuestro culto al rey del vino Bacus, ofreciéndole una y otra vez nuestra pleitesía, alzando nuestras copas. Dicho ritual se repetía a lo largo de la noche a la entrada a cada casa sagrada donde servían su esencia, acompañados de ciertos cantos innombrables.

Bacus nos devolvía dicha devoción en forma de embriaguez y felicidad en abundancia, tanta que al día siguiente no podíamos con ella. Algunos la suelen llamar resaca, yo la llamaba exceso de bendición.

– ¿Estás seguro de que solo fue eso? Alguien me ha enviado una foto vuestra de anoche. –Y aquí se acabó mi coartada, solo me quedaba rezar para que la foto no fuese muy humillante, pero dado como fue la noche, la dignidad se perdió en ella.

–Mira, este eres tú y lo que llevas en hombros es el muñeco de Michelin de la gasolinera y tus amigos detrás en romería, descamisados y con las corbatas como si fueran turbantes, el año que viene, si hacéis una procesión alternativa, avísame, que al igual me apunto. –Y de repente Philippe se había ensanchado dos metros más.

Sabía que aquella foto correría por la cafetería como la pólvora y ese era el mal menor, seguramente la veía enmarcada en un lugar preferente en la cafetería.